

MEMORIAS POLÍTICAS DE ANTONIO I. VILLARREAL

EL ROMPIMIENTO CON D. VENUSTIANO

CESADO COMO JEFE MILITAR EN EL NORTE

La insistencia de Villarreal, explica éste, en procesar a un cuñado del Primer Jefe, provocó la ruptura.

VILLARREAL Y OBREGÓN SE VEN EN E.U.

En el exilio el primero, y de paseo el segundo, ambos se comprometieron a combatir al señor Carranza.

OBREGÓN SOSPECHABA DE CALLES AL INICAR LA GIRA

QUE CULMINÓ CON EL TRÁGICO FIN DE CARRANZA

Cuando Obregón renunció a la Secretaría de Guerra, Calles le abrazó diciéndole "¡Así se hace, general!"; meses después, sin embargo, Calles ya era otro.

CAPÍTULO XIII

Después de la derrota en Ramos Arizpe, el general Antonio I. Villarreal reorganizó sus contingentes en las cercanías de Monterrey –plaza que fue evacuada y ocupada por las fuerzas villistas–, en donde procedió a su reorganización.

Las rupturas en el constitucionalismo

De seis a siete mil hombres con que contaba antes del encuentro de Ramos Arizpe, Villarreal, al hacer el recuento de sus tropas después de la retirada, solamente tenía dos mil quinientos hombres.

Eran aquellos días infortunados para el carrancismo. El general Manuel M. Diéguez había sido derrotado en la cuesta de Sayula; el general Obregón había perdido la Ciudad de México; el general Pablo González había abandonado Pachuca; el general Iturbe, en Sinaloa, era objeto de una vigorosa ofensiva del general Rafael Buelna.

Villarreal no abandonó sus posiciones en Topo Chico, Santa Rosa y Apodaca, desde donde diariamente hostilizaba a los villistas, registrándose frecuentes y recios tiroteos.

ENFRIAMIENTO CON CARRANZA

El comandante militar de Nuevo León, envió al Primer Jefe un amplio informe sobre los sucesos de Ramos Arizpe, y al referirse a las responsabilidades que habían tenido algunos elementos revolucionarios, mencionó especialmente la conducta del general Emilio Salinas, quien durante la confusión producida en Ramos Arizpe por la intempestiva presencia del enemigo, había huido, marchando a Matamoros, en donde se había embarcado para Veracruz.

Este informe del general Villarreal dio origen a que se cambiaran entre este general y el señor Carranza algunos mensajes nada afectuosos. El Primer Jefe no podía ocultar su deseo de quitar a Villarreal el mando de las fuerzas en los estados de Nuevo León, Tamaulipas y Coahuila.

La tirantez de relaciones entre Carranza y Villarreal llegó al clímax cuando el comandante y gobernador de Nuevo León pidió al Primer Jefe que se procediera a la aprehensión del general Emilio Salinas y se le enviara preso a disposición de la comandancia militar, para ser sometido a un consejo de guerra.

Insistía Villarreal, al hacer esta petición, en la falta de espíritu militar de Salinas, lo cual pareció desagradar grandemente a Carranza, de quien era cuñado el general acusado.

CESADO EN EL MANDO

Esta petición dio margen a nuevos mensajes entre Carranza y Villarreal, hasta que al fin aquel designó comandante de las fuerzas constitucionalistas en el norte, al general Pablo González.

Días después, llegó el general González a Nuevo León, recibiendo en el acto el mando de las fuerzas que operaban a las órdenes de Villarreal, quien entregó grandes reservas de municiones, así como las fuertes sumas de dinero que tenía en la pagaduría, que estaba a cargo del teniente coronel Eloy Carranza, sobrino de don Venustiano.

Al hacer entrega de las fuerzas que habían militado a sus órdenes, el general Villarreal obtuvo del general González la promesa de mantener en sus puestos a los jefes y oficiales que habían militado a sus órdenes, y don Pablo lo cumplió.

Salió el general Villarreal de territorio mexicano para dirigirse a San Antonio, Texas. Pero antes de abandonar el país, recibió un mensaje del señor Carranza, invitándolo a que fuera al puerto de Veracruz, con el objeto de que cambiaran impresiones; pero Villarreal, disgustado por el proceder del Primer Jefe, se negó a ir a Veracruz, prefiriendo partir al exilio.

Comprendió entonces Villarreal el error que había cometido por no haber permanecido al margen de la estéril guerra entre villistas y carrancistas como se lo había propuesto después de haber quedado desligado de la Convención de Aguascalientes, mas el temor de que el país fuera gobernado por el general Francisco Villa, a quien numerosos revolucionarios consideraban un impreparado, le hizo aceptar la comisión que Carranza le confería como comandante militar en los tres estados del norte.

ATILANO BARRERA

Villarreal se estableció en San Antonio, donde al cabo de una o dos semanas le hizo una visita a unos de sus amigos de mayor confianza y jefe revolucionario muy estimado en la frontera. Este jefe era el coronel Atilano Barrera.

El señor Barrera, como se ha dicho en capítulo anterior, había sido uno de los primeros revolucionarios en el norte de México, lo cual le había valido tres años de encierro durante el régimen porfirista, en la cárcel de Belem. Más

Las rupturas en el constitucionalismo

tarde, siendo residente de la legislatura de Coahuila, había sido firmante del acuerdo desconociendo el gobierno del general Huerta. Además, Barrera era un hombre caballeroso, honesto y valiente.

Siendo Barrera jefe de las armas en Piedras Negras, había tenido serias dificultades con el administrador de la aduana, señor Breceda, debido a que éste pasaba constantemente contrabandos a territorio mexicano, por lo cual lo aprehendió y consignó.

Durante la visita que el coronel Barreda hizo al general Villarreal en San Antonio, le informó que había resuelto que las fuerzas que estaban a sus órdenes marcharan por tierra a Coahuila, con el objeto de continuar ahí la campaña contra el villismo. El general Villarreal aprobó la conducta de su antiguo subordinado y amigo, y éste marchó a Piedras Negras.

Pero apenas había llegado a la población fronteriza, cuando fue aprehendido y, por órdenes directas de Carranza, sometido a un consejo de guerra sumarísimo. Aunque la causa por la cual Barrera era sujetado a un consejo de guerra, no se hicieron públicas, se entendió claramente que ello se debía a la conferencia que había celebrado con Villarreal en San Antonio, y a la sospecha de que prepararía una rebelión villarrealista.

Aunque, según las órdenes de Carranza, el coronel Barrera debía comparecer ante el consejo de guerra precedido por el coronel Ramón Múzquiz, este consejo no se efectuó, y Barrera, sin poder defenderse de los cargos que se le hubieran hecho, fue conducido al paredón y ejecutado.

Este crimen, ordenado por Carranza, abrió un abismo para siempre entre Villarreal y el Primer Jefe.

FRANCAMENTE REBELDE

A partir de ese momento, el general Villarreal no cesó de conspirar para derrocar el régimen carrancista, habiendo tomado parte en la dirección de varias intentonas rebeldes, una de las cuales, y quizás la más formal, fue la encabezada por el general Juan G. Cabral, quien al frente de un grupo armado entró al estado de Sonora.

El general Plutarco Elías Calles se lanzó tras el jefe rebelde, hasta diezmarle sus cortas fuerzas y obligarlo a internarse nuevamente en los Estados Unidos, en donde fue aprehendido por las autoridades federales, acusado de violación

a las leyes de neutralidad, y confinado en la prisión de Leavenworth, en donde permaneció un año y medio.

Después de resistir varios meses en San Antonio, el general Villarreal se trasladó a Nueva York, en donde siguió haciendo trabajos para derrocar a Carranza, de acuerdo con otros refugiados políticos.

En Nueva York existían varios grupos de exiliados mexicanos que conspiraban. Uno de estos grupos era el que dirigía el licenciado Manuel Calero, pero con el cual jamás estuvo de acuerdo Villarreal.

Calero y sus amigos, gracias a las fuertes palancas de que disponían en el gobierno de Wilson, habían hecho grandes progresos, tantos progresos así, que habían ya organizado su propio gobierno... en Nueva York. El señor Eduardo Iturbide había sido designado presidente de la República y había tomado tan en serio su papel, que había contagiado a sus amigos.

En efecto, los amigos y admiradores de Iturbide, ya lo llamaban el “Señor Presidente de la República” y no solamente le daban este tratamiento, sino que le rendían homenaje como tal.

OBREGÓN, PRESIDENCIABLE

Hacía tiempo que Villarreal trabajaba empeñosamente por el derrocamiento de Carranza, cuando llegó a los Estados Unidos el general Obregón.

Obregón trabajaba ya abiertamente por su candidatura presidencial, y su viaje parecía no tener más objeto que establecer relaciones con los jefes de la política de la Casa Blanca.

El vencedor de Celaya había sido recibido por las autoridades americanas con señaladas muestras de cortesía. Los Departamentos de Guerra y del Interior lo recibieron casi como un personaje oficial y un miembro del Estado Mayor americano le acompañaba en la gira por los Estados Unidos.

Por supuesto, el general Obregón aprovechaba su viaje político para sus fines comerciales. En Washington, por ejemplo, Obregón dio un suntuoso banquete al que asistieron altos personajes de la administración de Wilson, y durante el cual se sirvieron solamente platillos condimentados con garbanza, para hacer así una disimulada pero eficaz propaganda al cereal del que era el principal cosechero y vendedor en la costa occidental de México.

Las rupturas en el constitucionalismo

UNA HISTÓRICA ENTREVISTA

Cuando el general Obregón llegó a Nueva York, comisionó a uno de sus ayudantes —el mayor Íñigo— para que buscara al general Villarreal, quien residía en la calle 114, frente a la Universidad de Columbia.

Íñigo, al encontrar a Villarreal, le hizo saber los deseos del general Obregón, que tenía gran interés en hacerle una visita. Villarreal contestó que él sería quien fuera en busca de Obregón, quien se hospedaba en el hotel Astor.

Obregón recibió a Villarreal afectuosamente. La amistad que habían hecho ambos durante la Convención de Aguascalientes, se renovaba a partir de ese momento.

El vencedor de Celaya comunicó a Villarreal que había resuelto lanzar su candidatura para presidente de la República y que quería le ayudara.

Fuertes censuras hizo entonces Obregón al gobierno carrancista. Era el carrancismo, según dijo Obregón a Villarreal, un gobierno de orgías, de latrocinios y de vergüenzas. La gente que rodeaba a Carranza era inepta y voraz, lo cual no parecía disgustar al entonces presidente de la República, quien, según Obregón, era amante de tener como colaboradores a tipos inferiores, capaces de adular.

Una y muchas veces platicaron Obregón y Villarreal. En una de esas veces, la conversación se volvió a los asuntos del estado de Sonora, del cual era gobernador el general Plutarco Elías Calles.

—*Calles es un asesino vulgar, capaz de cualquier infamia con tal de halagar a Carranza* —le decía Villarreal a Obregón, haciéndole ver los peligros que corría al confiar demasiado en el gobernador de Sonora.

—*Estoy consciente del peligro que corro* —le contestó el general Obregón, añadiendo—, *pero, ¿qué quiere usted que haga? Si me salgo al extranjero, me pasará lo que a ustedes; me quedaré en la miseria y yo tengo treinta y ocho gentes que dependen de mí, económicamente.*

Platicó el general Obregón, como confirmación de las sospechas que tenía del general Calles, que al regresar de Sonora, después de haber renunciado a la Secretaría de Guerra, el entonces gobernador lo había recibido con grandes muestras de afecto, diciéndole al comentar su salida del gabinete:

—*¡Así se hace, general!*

Sin embargo, meses después, al regresar Calles a Hermosillo después de un viaje a la Ciudad de México, había estado a visitar a Obregón, diciéndole:

—Usted debería estar mi general, al lado del jefe, para ayudarlo.

Y a partir de entonces, refirió Obregón a Villarreal, el general Calles se había mostrado muy reservado, lo que no había hecho otra cosa que ponerlo en guardia, considerándolo como un enemigo.

COMPROMISO FORMAL

Ya para salir de Nueva York, el general Obregón quiso que Villarreal le dijera con franqueza si le ayudaría o no, indicándole que sería candidato de oposición, ya que de ninguna manera aceptaría la ayuda de Carranza. El general Villarreal quedó comprometido, a partir de ese momento, en ayudar al general Obregón, máxime que éste le expresó la creencia de que sería necesario derrocar al carrancismo por medio de la violencia.

Para poder trabajar con mayor eficacia a favor del general Obregón, Villarreal se trasladó a El Paso, a donde pasaría a territorio mexicano para hacerse cargo del mando militar en el noreste, llegado el momento de la rebelión, y de acuerdo con los deseos que le había indicado el candidato presidencial.

Apenas tenía unas semanas de instalado en El Paso, cuando el general Villarreal se vio en la necesidad de marchar a San Diego, California, con el objeto de buscar un clima mejor para su esposa, que se encontraba enferma.

En San Diego, se encontró Villarreal con el señor José Vasconcelos, quien había hecho amistad con el gobernador de Baja California, coronel Esteban Cantú, carrancista fervoroso.

Villarreal dio a conocer a Vasconcelos los proyectos de Obregón pero el licenciado se mostró enemigo del candidato presidencial, aunque más tarde era convencido de la necesidad de que todos los carrancistas se unieran en torno de Obregón, para poder así derrumbar al gobierno de don Venustiano.

De San Diego, el general se trasladó a Los Ángeles, para ponerse en contacto directo con los anticarrancistas que continuaban conspirando.

LA REBELIÓN SE APROXIMABA

Se encontraba Villarreal en Los Ángeles cuando el señor Baldomero Aldama le entregó una carta del general Obregón, en la que éste le comunicaba que

Las rupturas en el constitucionalismo

había iniciado su gira electoral por la República, y que ya era tiempo de que todos sus amigos se prepararan para la rebelión que se aproximaba.

Obregón, en efecto, había principiado su gira, mientras que el presidente Carranza buscaba afanosamente entre sus amigos a un contrincante para oponerlo al militar sonorenses, encontrándolo, al fin, en el ingeniero Ignacio Bonillas, quien ocupaba la embajada en Washington, y quien había prodigado grandes atenciones a Obregón durante su estancia en los Estados Unidos.

Para mejor desarrollar sus planes, el general Villarreal regresó a El Paso, a donde poco después llegó invitado por él, el licenciado Vasconcelos. Entre ambos se hicieron cargo de una página del periódico que editaba en la ciudad americana el periodista Silvestre Terrazas.

Desde la página que escribían Vasconcelos y Villarreal, el carrancismo era objeto de duros ataques; ataques que reproducían los periódicos de oposición que se publicaban en México, especialmente *El Monitor Republicano*, órgano del partido obregonista.

El momento de la rebelión pareció llegar al fin. El general Obregón había sido enjuiciado por el gobierno carrancista, acusado de supuestas o reales relaciones con el zapatismo y el rebelde general Cejudo. Esta actitud de Carranza hacía esperar de un momento a otro un levantamiento antigubernista.

INVITADO POR CALLES Y DE LA HUERTA

Recibió entonces el general Villarreal a un enviado del general Calles, quien se encontraba en Sonora, que le invitaba a que marchara inmediatamente a Nogales, Sonora, en donde tanto Calles como De la Huerta querían tener una conferencia con el desterrado político.

Aunque el general Villarreal sentía aversión desde hacía mucho tiempo por el general Calles, quien era señalado como el autor intelectual de los asesinatos del líder socialista Lázaro Gutiérrez de Lara y del periodista H. Hughes, sólo la consideración de que era necesario reunirse con todos los elementos anticarrancistas para poder acabar con el gobierno de don Venustiano, lo hizo aceptar la invitación, y partió para Nogales.

Después de cinco años de destierro, el general Villarreal pudo nuevamente pisar territorio mexicano en Nogales, en donde le esperaban don Adolfo de la Huerta y el general Calles.

Tanto de la Huerta como Calles recibieron con entusiasmo al ex gobenador de Nuevo León, a quien pusieron desde luego al tanto de la situación política y militar en el estado de Sonora, indicándole que había llegado el momento en que el gobierno sonorenses rompiera con el gobierno del centro.

En seguida, el general Calles dijo a Villarreal que le habían llamado para conferirle una comisión.

(Continuará el próximo domingo)

Segunda sección de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 9 de febrero de 1936, año x, núm. 147, pp. 1-2.